



CAPÍTULO X

MIZINTCHIKOV



El pabellón á que me condujo Gavriilo, y que llamaban el pabellón de verano, había sido construído por los antiguos propietarios. Era una bonita casita de madera situada en medio del jardín á algunos pasos de la casa grande. Estaba rodeado de tilos cuyas ramas tocaban el tejado. Las cuatro piezas que la componían se utilizaban para los huéspedes.

Al penetrar en la que se me había destinado, lo primero que ví fué una hoja de papel colocada sobre la mesa de noche y cubierta de toda clase de letras extraordinarias, con las que se entrelazaban guirnaldas y adornos.

Las mayúsculas y las guirnaldas estaban iluminadas. Formaba el conjunto un

trabajo caligráfico bastante notable. Desde el comienzo advertí que se trataba de una súplica en la que se me calificaba de «bienhechor inspirado». En la parte alta había un título: *Los suplicios de Vidopliasov*.

Pero mis esfuerzos por comprender algo de todo aquel cúmulo de palabras fueron vanos. Eran tonterías enfáticas escritas en un estilo pomposo y lacayuno. Adiviné solamente que Vidopliasov estaba en una situación difícil y solicitaba mi auxilio y ponía en mí todas sus esperanzas, «en razón de mis luces». Concluía rogándome que intercediese en su favor cerca de mi tío por medio de la «mecánica». Este era el final textual de la carta que yo leía cuando se abrió la puerta y entró Mizintchikov.

—Espero que me permitirá usted que me presente—me dijo con desenvoltura, pero con la mayor cortesía y mientras me estrechaba la mano.—Antes no pude dirigirle la palabra, pero desde el primer momento he sentido el deseo de conocerle mejor.

A despecho de mi mal humor contesté que á mí también me satisfacía... Nos sentamos.

—¿Qué es eso?—preguntó al ver la carta que todavía conservaba en mi mano.—¿Son los *Suspiros de Vidopliasov*? Claro. Ya sabía yo que caería so-

bre usted. También á mí me trajo una carta parecida y que contenía los mismos suspiros. Hace mucho tiempo que le esperaban á usted y el hombre ha debido prepararse. No le extrañe; aquí pasan muchas cosas raras y no faltan motivos de risa.

—¿De risa solamente?

—¿Cree usted que sería mejor llorar? Si le parece le contaré la historia de Vidopliasov; estoy seguro de que le divertiría.

—Por el momento me interesa muy poco el tal Vidopliasov—contesté malhumorado.

Me parecía evidente que el paso que había dado Mizinchikov y la amabilidad que desplegaba debían tener algún objeto, y que yo le era necesario. Durante la tarde había permanecido tristón y serio y ahora estaba ante mí sonriente y alegre y dispuesto á contarme largos cuentos. Desde luego se notaba que este hombre se dominaba mucho y que conocía á fondo á los que le rodeaban.

—¡Maldito Foma!—dije violentamente, descargando un fuerte puñetazo sobre la mesa. Estoy convencido de que de él procede todo lo malo que ocurre aquí y que él es quien se encarga de dirigirlo todo. ¡Maldita criatura!

—Se diría que le guarda usted demasiado rencor—observó Mizinchikov.

— ¡Demasiado! — exclamé repentinamente. — Acaso haya exagerado antes, autorizando así á todos para que me condenasen. Comprendo que no he salido muy airoso y no era necesario darme. También sé que no se procede así en sociedad, pero reflexione y dígame si no había ocasión de arrebatarse. ¡Pero si parece que estamos en una casa de locos! Y para que sepa usted mi pensamiento diré que estoy dispuesto á marcharme. Nada más.

— ¿Fuma? — interrogó plácidamente Mizintchikov.

— Si.

— Entonces permítame que encienda un cigarro. En la sala no se puede fumar y empezaba á aburrirme seriamente. Estoy de acuerdo con usted en que esto no deja de parecerse á un manicomio; pero no crea que voy á permitirme juzgarle porque yo en su lugar me habría arrebatado dos veces más que usted.

— En ese caso ¿cómo ha podido usted conservar aquella imperturbable tranquilidad? Aún le veo impasible, y le confieso que me ha parecido extraña su falta de interés en cuanto á la defensa de mi pobre tío, dispuesto siempre á hacer el bien á todos y á cada uno.

— Tiene usted razón; es el protector de muchas gentes; pero á mí me parece inútil defenderlo; no sirve para nada; es

humillante para él y al día siguiente de una manifestación semejante á mí me echarían á la calle. Le diré francamente que estoy en una situación que me obliga á procurar no perder esta hospitalidad.

— Me parece bien su franqueza... pero querría preguntarle algo porque ya lleva usted aquí un mes y...

— Todo lo que usted quiera; estoy enteramente á su disposición — contestó Mizintchikov apresuradamente y mientras acercaba una silla.

— ¿Como puede usted explicarse que Foma Fomitch haya rechazado una suma de 15.000 rublos que ya tenía en las manos? Lo he visto yo mismo.

— ¿Cómo? ¿Es posible? — exclamó mi interlocutor. — Cuéntemelo usted.

Le relaté la escena, omitiendo el incidente de «Vuestra Excelencia». Escuchaba con ávida curiosidad y su rostro se transformó cuando le confirmé aquella cifra de 15.000 rublos.

— Es muy hábil — dijo al terminar yo mi narración. — No le habría creído capaz de eso.

— El caso es que he rechazado el dinero. ¿Cómo explicárselo? ¿Sería verdaderamente por nobleza de sentimientos?

— Ha rechazado 15.000 para tener 30 más tarde. Por lo demás yo dudo que Foma obre por cálculo — añadió después

de un momento de meditación.—No, no es un práctico. Es una especie de poeta... Quince mil... ¡Hum! Habría cogido el dinero si hubiese podido resistir al deseo de llamar la atención y de ocasionar transtornos. Es un llorón dotado de un fenomenal amor propio.

Se animaba. Notábasele contrariado y como envidioso. Le examiné curiosamente. Añadió, pensativo:—Hay que esperar grandes transtornos. En este momento Yegor Ilitch profesa un culto tal á Foma que podía muy bien ocurrir que se casase solo para complacerle,—añadió entre dientes.

—Entonces ¿usted cree en la posibilidad de ese matrimonio insensato y criminal con aquella idiota?

Mizintchikov me miró fijamente.

—Su idea no deja de ser razonable. Pretenden que debe hacer algo por el bien de la familia.

—¡Como si no hubiese hecho ya bastante!—grité con indignación.—¿Y puede usted encontrar razonable la resolución de casarse con una mujer semejante?

—Sí; estoy de acuerdo con usted. En eso prueba usted su afecto á su tío y comparto sus inquietudes... pero hay que considerar que con el dinero de esa muchacha se podrían extender mucho las propiedades. Hay además otras ra-

zones; temen que Yegor Ilitch se case con la institutriz... ya sabe usted, esa muchacha tan interesante...

—Y según usted ¿es eso probable?—le pregunté emocionado.—Me parece una calumnia. ¡Por Dios, explíqueme usted ese punto; siento una viva curiosidad!

—¡Oh, está enamorado de ella, pero lo oculta!

—¡Lo oculta! ¿Cree usted que lo oculta? Y ella ¿le quiere?

—Podría ocurrir. Por lo demás, las ventajas serían para ella; ¡es tan pobre!

—Pero ¿en qué se funda usted para creer que se quieren?

—Es imposible no advertirlo, y hasta creo que se dan citas. Hasta ha llegado á suponerse que están en relaciones íntimas. Pero no se lo diga usted á nadie. Es un secreto que le confío...

—¿Cómo creer tal cosa?—exclamé.—¿Y usted, lo cree?

—No tengo la seguridad absoluta, porque no lo he visto; pero es muy posible.

—¿Cómo? ¿Pero no ve usted la delicadeza de mi tío?

—Ciertamente. Pero puede uno dejarse arrastrar pensando reparar más tarde los perjuicios por un matrimonio. ¡Se siente uno tan fácilmente arrastrado!... Pero, lo repito, no garantizo la veracidad de los hechos. ¡Hasta la han

acusado de haberse entregado á Vidopliasov!

—¿Es posible?—grité.—¡Con Vidopliasov! ¿No es repugnante hasta hablar de ello? ¿Usted no lo creerá?

—Le digo que yo no creo nada de eso—contesto Mizinchikov con la misma placidez.—Pero es posible, todo es posible en este mundo. Yo no lo he visto, y además, no me importa. Sin embargo, como parece interesarle enormemente, le diré que estimo poco probable que tales relaciones hayan existido nunca. Son las jugarretas de Ana Nilovna Perpelitzina. Ella fué quien ha extendido esos rumores, por celos, porque aspiraba á casarse con Yegor Ilitch, ¡se lo juro por el nombre de Dios! únicamente porque es hija de un teniente coronel. Ahora está en plena decepción, y muy irritada. Creo que le he dado cuenta de todo lo que sé sobre esos asuntos á pesar de que detesto los comadreos, tanto más cuanto que nos hacen perder un tiempo precioso. Venía á pedirle un pequeño favor.

—¿Un favor? Todo lo que usted quiera si puedo serle útil.

—Eso creo y espero ganarle á mi causa, porque veo el afecto que siente usted hacia su tío y el interés que le inspira su felicidad. Pero antes de nada, tengo que hacerle un ruego.

—¿Cuál?

—Acaso consienta usted en lo que le voy á pedir; pero en todo caso, antes de exponerle mi solicitud, le ruego que me dé palabra de caballero, de que todo cuanto digamos aquí, permanecerá entre nosotros, de que no traicionará el secreto y de que no utilizará la idea que creo indispensable comunicarle. ¿Me da usted su palabra?

El comienzo era solemne. Dí mi palabra.

—El asunto, como verá usted, es muy sencillo. Quiero raptar á Tatiana Ivanovna y casarme con ella. ¿Comprende usted?

Miré fijamente á Mizintchikov y me quedé un rato sin poder pronunciar palabra.

—Debo confesarle que no entiendo lo que me dice—declaré al fin,—y que creía tratar con un hombre sensato... Nunca habría podido prever...

—Eso significa, sencillamente, que usted encuentra mi proyecto estúpido ¿verdad?

—No es eso, pero...

—¡Se lo ruego! No tema usted, al contrario; quiero que sea usted franco; así nos aproximaremos al final. Comprendo que á primera vista, esto puede parecer raro, pero le aseguro que no solo no es tan absurda mi intención, sino que

es completamente razonable. Y si quiere usted escuchar todos los detalles...

—Sí; soy todo oídos.

—No es una historia larga. Se reduce á esto: estoy en la miseria y lleno de deudas. Además, tengo una hermana de diecinueve años, recogida por una familia, y que no tiene más medios de existencia, en parte, por mi falta. Habíamos heredado cuarenta almas; pero esta herencia coincidió, por desdicha, con mi nombramiento de alférez. He comenzado por empeñar nuestros bienes; lo demás lo he gastado en una vida de crápula; me avergüenza pensararlo. Ahora estoy resuelto á cambiar de existencia. Pero para esto necesito cien mil rublos. Como ya no puedo ganar en el servicio; como soy incapaz de todo y mi instrucción es casi nula, no me queda más recurso que robar ó casarme con una mujer rica. He venido, por decirlo así, descalzo y á pie; mi hermana me dió, al salir de Moscou, los tres últimos rublos que tenía. En cuanto conocí á Tatiana Ivanovna, el pensamiento germinó en mi espíritu. Decidí inmediatamente sacrificarme y casarme con ella. Convenga usted conmigo en que todo esto es perfectamente razonable, porque lo hago, sobre todo, por mi hermana.

—Entonces, la intención de usted es

pedir oficialmente la mano de Tatiana Ivanovna.

—¡Dios me libre! Me echarían de aquí y ella misma me rechazaría; pero si yo le propongo raptarla, ella consentirá sin duda; para ella lo principal es lo novelesco, lo imprevisto. Claro que este rapto terminará por un matrimonio. Lo principal es que yo logre hacerla salir de aquí.

—¿Y quién le garantiza á usted que accederá?

—¡Oh! ¡estoy seguro! Tatiana Ivanovna está dispuesta á cualquier intriga con el primero que llegue y tenga la ocurrencia de ofrecerle su amor. Por eso le he pedido palabra de honor de que no le he pedido palabra de honor de que no aprovecharía la noticia. Comprenderá usted que sería una gran falta en mí dejar pasar una ocasión como esta, dadas sobre todo las condiciones en que me encuentro.

—Pero, ¿es que está completamente loca?... ¡Ah! perdón—dije volviendo en mí—me olvidaba de que tiene usted aspiraciones respecto de ella.

—No importa; no se violente usted; ya se lo he dicho antes. Me pregunta usted si está completamente loca; ¿qué contestaré yo? No está loca, puesto que no está encerrada. Además, yo no veo la locura de sus manías de intrigas de amor. Hasta el año último vivió recogida en casa

de unos protectores suyos porque estaba en la miseria desde la infancia. Es una muchacha honrada y dotada de un buen corazón. Ya lo comprende usted: nadie la había pedido en matrimonio, y los sueños, los deseos y las esperanzas, un corazón abrasador que le era preciso reprimir, el martirio que le hacía sufrir su protectora, todo era bastante á afectar su alma tierna. De pronto se hizo rica; convenga usted en que eso haría perder la cabeza á cualquiera. Ahora se le busca, se le hace la corte, y todas sus ilusiones han despertado. Hace poco la ha oído usted contar la anécdota del enamorado del chaleco blanco; es auténtica y por ese hecho puede usted juzgar de lo demás. Es, pues, cosa fácil seducirla con suspiros y cartas amorosas, y con añadir á eso una escala de seda, unas serenatas españolas y otras cosas por el estilo, se lograrán todos los propósitos que se tengan. La he tanteado, y he obtenido desde luego una cita. Pero me reservo hasta el momento favorable. Sin embargo, es preciso que la rapte en seguida. La víspera del día en cuestión me dedicaré á cortejarla; suspiraré; toco la guitarra bastante bien para acompañar mis canciones. La citaré en el pabellón por la noche y al amanecer, el coche estará dispuesto á alejarnos. La pondré en él y ¡en mar-

cha! Ya vé usted que no hay ningún peligro. La llevaré á casa de una pobre pero noble familia, donde se la atenderá, y entre tanto yo aprovecharé el tiempo; el matrimonio será cosa concluida en tres días. Claro que necesito dinero para la expedición. Pero ahí está Yegor Ilitch; me prestará cuatrocientos ó quinientos rublos sin darse cuenta del destino que se les reserva. ¿Ha comprendido usted?

—A maravilla—dije luego de una grave reflexión. Pero, ¿en qué puedo serle útil?

—En muchas cosas. De otro modo, no me habría dirigido á usted. Acabo de hablarle de una familia noble y pobre y me haría usted un gran servicio siendo mi testigo aquí y allí. Le confieso que sin su ayuda, me vería reducido á la impotencia.

—Otra pregunta: ¿por qué se ha dignado usted elegirme á mí, cuando apenas hace unas horas que nos conocemos?

—Su pregunta me satisface mucho porque me da ocasión de declararle toda la estimación que siento por usted —contestó con una amable sonrisa.

—¡Muy honrado!

—No; yo le he estudiado antes. Es usted un poco violento y también un poco... joven... Pero, estoy seguro de

que cumple usted las palabras que da. Ante todo usted no es un Obnoskine. Y luego advierto que es usted un hombre honrado, y que no será capaz de robar-me mi idea, excepción hecha del caso en que usted estuviese dispuesto á entenderse conmigo... Yo consentiría probablemente en ceder la idea, es decir, á Tatiana Ivanovna; y estaría dispuesto á secundarle en el rapto; pero á condición de que un mes después de su matrimonio con ella, me entregase usted cincuenta mil rublos.

—¿Cómo? ¿Me la ofrece usted ya?

—Ciertamente; puedo ofrecerla para el caso en que ello pudiera agradaarle á usted. Saldría yo perdiendo, sin duda, però la idea me pertenece y las ideas se pagan. En último término, le hago esta proposición. En las circunstancias actuales, no es posible dejar languidecer los negocios. Luego, dentro de poco es cuaresma y durante ese tiempo no puede haber bodas. ¿Me comprende usted?

—Perfectamente, me comprometo á cumplir la palabra dada, pero no puedo ayudarle en el asunto y mi deber es advertírselo.

—¿Por qué?

—¿Cómo? ¿Por qué?—exclamé, dando por fin suelta á mi indignación.—Pero ¿no comprende usted que se trata de una acción canallesca? Es cierto que

usted descuenta la debilidad de espíritu y la triste manía de esa señorita; pero eso es precisamente lo que detendría á un hombre honrado. Usted mismo la reconoce digna de respeto. ¡Y abusa usted de su lamentable estado para apoderarse de cien mil rublos! No hay duda que usted no tiene intención de ser verdaderamente su marido y de que la abandonará usted... ¡No puedo comprender que me proponga usted una colaboración en su indigna empresa!

—¡Oh! ¡Dios mío, cuanto romanticismo!—exclamó Mizintchikof con el más sincero asombro.—Pero ¿es siquiera romanticismo? Creo sencillamente que no me ha comprendido usted. ¿Dice usted que no es honrado? Pero si todas las ventajas son para ella y no para mí... Tómese siquiera el trabajo de reflexionar.

—¡Evidentemente, según su punto de vista, usted realiza un acto de los más meritorios casándose con Tatiana Ivanovna!—repliqué con una sonrisa sarcástica.

—Naturalmente, un acto de los más generosos. Reflexione usted en que se trata, ante todo, del sacrificio de mi persona; esto demuestra algo ¿verdad? En segundo término yo no tomo más que cien mil rublos por mi trabajo y me he dado palabra de que no cogeré nunca

un céntimo más. ¿No es eso nada? En fin, adéntrese en el fondo de las cosas. ¿Qué vida podría ella esperar? Para que viviese tranquila sería necesario desposeerla de su fortuna y encerrarla en una casa de locos, porque es preciso esperar constantemente que cualquier calavera, cualquier caballero de industria adornado con unos grandes bigotes y una barba á la española, de la clase de Obnoskine, se apodere de ella á fuerza de guitarra y de serenatas, y se case al fin, despojándola y abandonándola en medio del camino. Hay que ponerla á seguro de tales peligros. Y yo me encargo de impedirlo. Comenzaré por instalarla inmediatamente en Moscou, en el seno de una familia pobre, pero honrada (otra familia que conozco); mi hermana vivirá cerca de ella. Le quedarán aún unos doscientos cincuenta mil rublos, acaso trescientos mil. No perderá ningún entretenimiento ni ninguna distracción, bailes, conciertos, etc. Si quiere, puede soñar con el amor; pero sobre este capítulo adoptaré mis precauciones. Es libre de soñar, pero no de pasar del sueño á la acción. Ahora todos pueden picotear su reputación; pero cuando sea mi mujer, la señora Mizintchikov, no toleraré á nadie que empañe mi nombre. ¡Sólo eso sería importante! Claro que no viviré con ella; ella estará

en Moscou y yo en San Petersburgo, lo confieso con lealtad. Pero ¿qué importa esa separación? Piense usted en eso, estudie el asunto. ¿Sirve ella para esposa, para vivir junto á su marido? ¿Se la puede guardar fidelidad?

Ella vive en constante cambio. Es capaz de olvidarse mañana de que hoy está casada. Yo la haría desgraciada si viviese con ella y si le exigiese el cumplimiento de todos sus deberes conyugales; iría una vez por año, acaso con más frecuencia, pero no para pedirle dinero ¡se lo aseguro! Ya he dicho que no cogería más que cien mil rublos. Al ir á verla por dos ó tres días llevaría conmigo una distracción y no el tedio; la haría reír, la contaría anécdotas, la acompañaría á los bailes; sería su cortesano; le haría regalos; le compraría un perrito; le escribiría cantares de amor. Ella se entusiasmaría de poseer un marido tan enamorado y tan alegre. A mi juicio, este modo de obrar es muy razonable y todos los maridos deberían atenerse á él. Las mujeres no aman á sus maridos más que cuando no están junto á ellas, y con mi método, ocuparía del mejor modo y para siempre el corazón de Tatiana. ¿Qué cosa mejor podía desear? ¡Sería una existencia paradisiaca!

Le escuchaba en silencio y con un

profundo asombro, comprendiendo á qué extremo era imposible discutir con aquel señor Mizintchikov, convencido hasta el fanatismo de la equidad y hasta de la magnanimidad del proyecto que exponía con el entusiasmo de un inventor. Pero aún subsistía un punto delicado por aclarar.

—¿Ha pensado usted—le dije—que está casi prometida á mi tío y que le hará usted un sangriento ultraje robándola la vispera del matrimonio? Y ¿es á él, á quien piensa usted pedir prestado el dinero preciso para realizar la hazaña?

—¡Ah! ¡Hemos llegado!—gritó fogosamente.—Había previsto la objeción. Pero ante todo, su tío, no ha hecho aún la petición y puede ignorar que le destinan á él esta señorita. Aparte de eso, yo he concebido el proyecto ya hace tres semanas, cuando nadie conocía las intenciones de los huéspedes de la casa. De modo que moralmente, el derecho está de mi lado, y que hasta estoy autorizado para juzgar con severidad á su tío, porque me quita mi novia de la que he obtenido ya una cita secreta, fijese bien. Y en fin, ¿no estaba usted furioso hace un instante á la sola idea de que se quisiese casar á su tío con Tatiana Ivanovna? ¡Y ahora cómo considera usted como un ultraje el hecho de

impedir la boda? Por el contrario, yo le presto un gran servicio. ¡Le salvo! Para él, este matrimonio significa una perspectiva repugnante; está enamorado de otra mujer. ¡Piense usted en qué clase de mujer será Tatiana Ivanovna! Y ella, á su vez, sería infeliz, porque habría que impedirle el seguir echando rosas á los muchachos. Si me la llevo una noche, ningún Foma Fomitch, ninguna generala podrá hacer nada; llamar á una novia fugada la vispera casi del matrimonio, sería demasiado escandaloso. ¿No le haría un inmenso servicio á Yegor Ilitch?

Confieso que este último argumento me impresionó profundamente.

—¡Y si él hiciese mañana su petición, le estaría ya prometida oficialmente y entonces sería demasiado tarde para el raptol!

—Sin duda, sería demasiado tarde. Por eso es preciso trabajar para que no se produzca esa eventualidad y le pido de nuevo su concurso. Yo solo, tendría que realizar un gran esfuerzo; pero juntos los dos, conseguiremos impedir que Yegor Ilitch haga la petición; es preciso que nos empeñemos con todas nuestras energías, aun cuando tuviéramos que destrozar á golpes á Foma Fomitch, para atraer sobre él la atención general y alejar los ánimos de la idea

del matrimonio. Claro que eso no se haría más que en último caso y por eso le pido su concurso.

—Una palabra nada más: ¿no le ha hablado usted del proyecto á nadie más que á mí?

Mezintchikov se rascó la nuca con un gesto de mal humor.

—Declaro que me cuesta más trabajo padecer esa pregunta que la píldora más amarga. Porque he revelado mi plan, sí, he hecho esa estupidez. ¿Y á quién? A Obnoskine. Apenas si puedo dar crédito á mis palabras. No comprendo cómo pudo ocurrir. Estaba siempre conmigo; cuando tuve la inspiración se apoderó de mí la fiebre, y como en seguida noté que necesitaba un extraño me dirigí á Obnoskine... Es imperdonable.

—Y ¿qué le contestó?

—Se entusiasmó. Pero á la mañana siguiente había desaparecido y tardó tres días en volver con su madre. No me habla y hasta procura no encontrarme. Pronto comprendió de qué se trataba. Su madre conoce la vida. Sin duda él se lo ha contado todo. Yo me callo y espero; ellos me espían y el asunto atraviesa una fase excesivamente delicada. A eso se debe el que yo me apresure.

—¿Pero qué teme usted de ellos?

—No creo que puedan perjudicarme,

pero seguramente me estorban. Exigirán dinero á cambio de su silencio; lo estoy viendo... Pero no puedo ni quiero darles mucho; estoy resuelto: me es imposible entregarles tres mil rublos de comisión. Eche usted la cuenta: tres mil rublos para ellos, quinientos para la boda, luego el pago de las deudas, lo que le dé á mi hermana... ¿Qué me queda de los cien mil rublos? ¡Sería la ruina!... Pero los Obnoskine se han ido ya.

—¿Se han marchado?—pregunté con curiosidad.

—Inmediatamente después del té; ¡que se los lleve el diablo! Volverán mañana. Para entonces ya veremos, ¿no le parece á usted?

—Realmente yo no sé qué contestar. El asunto es muy delicado. Cuente usted con mi absoluta discreción; yo no soy un Obnoskine; pero... me parece que no puedo hacer nada en esto.

—Ya se ve—dijo Mizintchikov poniéndose en pie,—que no ha tenido que sufrir mucho á Foma Fomitch, ni á su abuela, y que á pesar de su cariño por Yegor Ilitch, todavía no ha podido apreciar las torturas que soporta. Acaba usted de llegar... Esperemos. Con solo que esté usted aquí hasta mañana será bastante para que consienta en ayudarme. De otra manera su tío está perdido, ¿com-

prende usted? Se casarán á la fuerza. Piense usted en que puede hacer la petición mañana y que entonces será demasiado tarde. Decídase usted hoy mismo.

—Yo le deseo un buen éxito, pero en cuanto á ayudarle... No sé si debo...

—Comprendido. Esperemos hasta mañana—concluyó Mizintchikov con una sonrisa burlona.—La noche es buena consejera. Hasta la visita. Volveré á buscarle mañana temprano. Piénselo.

Y se marchó silboteando.

Yo salí casi de puntillas para tomar un poco el aire. Aun no había hecho su aparición la luna; la noche era oscura y la atmósfera sofocante; no se movía una hoja. A pesar de mi gran fatiga quise pasear, distraerme, repasar mis ideas; apenas había dado diez pasos oí la voz de mi tío. Subía la escalinata del pabellón acompañado de alguien con quien hablaba animadamente. Me acerqué. Su interlocutor no era otro que Vidopliasov.



CAPÍTULO XI

UN GRAN ASOMBRO



fo!—exclamé.—¡Por fin!
—También yo ardía en deseos de verte. Déjame que termine con Vidopliasov y enseguida podremos hablar. Tengo muchas cosas que decirte.

—¿Cómo? ¿Todavía Vidopliasov? Despidale.

—Espera cinco ó diez minutos y enseguida soy contigo. Tengo que terminar un pequeño asunto.

—¡Pero si no hace más que importunarle con sus tonterías!—dije poniendo en mi acento una expresión de marcado malhumor.

—¿Qué voy á decirte? Sin duda el momento no es el mejor para venir á importunarme. Vamos, Grigori, ¿no podías